

7

## LA GUERRA

**P**retendo, en las líneas que siguen, refrescar mis vivencias y mis recuerdos de niño, relacionados con los acontecimientos políticos y su incidencia sobre mi vida personal y la de mi medio. Trato de evitar juicios porque no podrían ser ajenos a ideas surgidas con posterioridad.

Antes de 1934 la vida pública tenía para mí poca importancia, con la sola y notable excepción de la proclamación de la República, ya comentada. También recuerdo las elecciones de 1933, en que por primera vez votaron las mujeres en España y también mi madre. Acompañé a mis padres, que votaron en la Escuela de Ingenieros Industriales. Me llamó la atención que en la cola había muchas monjas.

Todo cambió radicalmente en octubre del 34 con motivo de la Revolución de Asturias. Estábamos recién instalados en la casa de Fuente del Berro, y dando un paseo con mi padre por los alrededores, nos vimos envueltos en un intenso tiroteo que nos obligó a echarnos al suelo. Se suspendió la escuela y nos quedamos en casa, en Santa Cristina. Pero lo que más me sorprendió de aquellos episodios es que yendo un día a casa de mis primos Uña, en Chamarín, me encontré con que estaba allí don Julián Besteiro, gran líder socialista que era muy amigo de mi tío Juan y compañero suyo de la Institución, había sido presidente de las Cortes y era un personaje público muy conocido. Me chocó que estuviera en zapatillas. Pregunté por qué y recibí contestaciones de circunstancia que no me parecieron satisfactorias. En vista de ello hice posteriores indagaciones en los «bajos fondos» y averigüé que estaba escondido en

aquella casa porque estaba muy amenazado por algunos de sus propios correligionarios socialistas por no haber querido secundar la huelga. Esto dejó huella profunda en mi sentir porque no acertaba a comprender cómo alguien tenía que esconderse por temor a sus propios amigos. Pero el impacto más profundo de esta temporada fue el secuestro, en Asturias, por parte de los mineros, del señor Pedregal, tío de mis primos Uña y a quien yo conocía muy bien porque venía a veces con nosotros al campo, y con cierta frecuencia a mi casa. Era notorio melquiadista, había sido ministro de Hacienda con la Monarquía y presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales en los primeros meses de la República. Estuvo bastantes días desaparecido y se temió por su vida. En el medio familiar este episodio se vivió con mucha emoción. También me impresionaron mucho las noticias que llegaron pocos días después sobre la represión de aquellos hechos y los encarcelamientos masivos, que afectaron a algunos parientes de compañeros míos de la Institución. Estos episodios acaecidos en mi proximidad casi inmediata supusieron un impacto profundo y duradero en mis impresiones, incipientes, sobre la vida política.

Los meses siguientes fueron de franca tensión, que también se reflejaba entre nosotros en la Escuela. Empezamos a vivir muy pendientes de la prensa, y recuerdo bien la emoción con que recibimos la supresión de la censura varios meses después. Entonces se pusieron más vivamente de manifiesto todas las consecuencias de Asturias. También recuerdo, como hechos muy relevantes, los relativos a la guerra italo-abisinia y la ocupación del Ruhr por el ejército alemán. La tensión política creció en vísperas de las elecciones de febrero del 36. Tengo todavía presente el haber ido con amigos al famoso mitin que dio Azaña en el campo de Comillas, extraordinariamente multitudinario.

Antes de las elecciones del 36 y, sobre todo después de ellas, los acontecimientos políticos tenían cada vez mayor cabida en la vida de los niños. Recuerdo una violentísima discusión entre mi tío Juan y Justino Azcárate sobre la candidatura de éste a diputado por León, que el primero, aun apoyándola, desaconsejaba con vehemencia. No olvido el estremecimiento de mi padre, algún tiempo más tarde, cuando Jiménez de Asúa (que había tenido bas-

tante relación con él con motivo de los episodios finales de la Dictadura) fue perseguido a tiros en la calle por los falangistas; se salvó de milagro pero mataron a su escolta. También llegaban malas noticias de Extremadura, donde estaba mi tío Teodoro procurando hacer frente a los problemas que habían surgido como consecuencia de la ocupación de algunas fincas de la familia. Se vivía —o así nos parecía a nosotros— con gran intranquilidad y en alguna ocasión tuvimos que suspender excursiones de domingo. A raíz del asesinato de Calvo Sotelo nos dio la sensación de estar colocados al borde del abismo.

No recuerdo que en aquellos días de julio tuviéramos planes de viaje o veraneo. Para nosotros la guerra empezó con grandes tiroteos en nuestro barrio, que se produjeron a la vez que ocurría el asalto del Cuartel de la Montaña, que oímos por la radio y en el que murió un sobrino —casi hijo— del doctor Gómez Ulla, con quien mi padre tenía una relación de amistad muy estrecha. Pocos días más tarde, al levantarme y abrir la ventana, vi en la acera de enfrente un cadáver sangrante al que identifiqué enseguida como el del frutero que solía traer cosas a casa. Huelgan comentarios sobre la vida de todos los días, que era un continuo sobresalto. Salíamos apenas de casa y mi padre encontraba algún rato para darme clase de alemán. A veces venía a vernos el general Castelló, único militar que yo recuerdo haber visto en mi casa, y que era antiguo amigo y visitante asiduo de la casa de mi madre y de mi abuelo, como extremeño que era. Al iniciarse la guerra estaba destinado en Badajoz y fue llamado a Madrid como ministro de la Guerra. Dejó allí a su mujer y a dos niñas pequeñas, que poco después cayeron en manos de sus compañeros africanistas. Como los conocía bien pasó días de suma angustia y perdió las facultades mentales hasta el punto de que tuvo que ser internado. También venía aquellos días con cierta frecuencia a nuestra casa el doctor Negrín, que todavía no era ministro y a quien mi padre había acudido para pedirle ayuda, porque el marqués de Silvela (que era presidente del Patronato de Santa Cristina y con quien mi padre había entablado una sólida amistad) y su mujer, retenidos en su casa, parecían estar en situación muy comprometida. Este señor era muy amigo de don Alberto Jiménez, que intentó también, en aquellos días, alo-

jarlo en la Residencia de Estudiantes. Lo cierto es que casi inmediatamente después los dos fueron asesinados.

También llegaban noticias siniestras de Galicia. Uno de los mejores amigos de mi padre, Celestino Poza, estaba preso en condiciones muy penosas en el Lazareto de San Simón en Pontevedra, y su hijo Luis, médico, que trabajaba con mi padre y venía mucho por mi casa, había sido asesinado en Pontevedra en los primeros días de la guerra. También habían matado en Vigo al doctor Arbones, antiguo discípulo de mi padre. Y mi tío Gustavo, destinado en La Coruña como magistrado, había tenido que «desaparecer» y fue expulsado de la carrera y nunca más repuesto. Tuvimos también pronto noticias fidedignas del horror de Badajoz.

En aquellos días, debió ser el 23 de agosto, volvió a venir el propio Negrín a casa, inesperadamente, a media mañana. En presencia mía contó muy estremecido a mi padre que no había sido posible impedir aquella misma noche el asalto de la Cárcel Modelo, en donde fueron asesinados muchos de los presos que allí había, entre ellos don Melquíades Álvarez, jefe del Partido Progresista, con el que mi padre había tenido afinidades políticas y mucha relación, porque durante años fue el abogado defensor de la familia en los pleitos de la sucesión de Monroy. También mataron allí a don Manuel Rico Avello, diputado, compañero de mi padre como miembro de la Asociación al Servicio de la República en las Constituyentes. Asimismo a don Ramón Álvarez-Valdés, antiguo melquiadista. También a Ruiz de Alda, que era marido de una joven médica relacionada con mi padre. Igualmente al general Capaz, con el que él tenía cierta amistad. Por aquellos días también fueron asesinados juntos tres hermanos, hijos de un viejo amigo de mi padre, además de un cuñado de ellos. Días después también murieron así José del Moral, diputado y amigo, y Rafael Salazar Alonso, ex ministro de la Gobernación y ex alcalde de Madrid, y cuya hija era compañera mía de la Institución.

Años después he llegado al convencimiento de que estos desmanes y otros muchos que se produjeron en la zona republicana y que denotaban un estado de anarquía, subversión y revolución absolutas, debieron influir profundamente en la actitud de las potencias democráticas respecto a la República y al Pacto de No Intervención.

En cuanto a otros amigos de mi padre y por unas u otras razones afines a él, supimos que don Ramón Menéndez Pidal tuvo dificultades que aconsejaron su salida de España. También tuvo problemas graves don José Castillejo. Don José Ortega tampoco lo estaba pasando bien y el Dr. Marañón tuvo sus apuros. Por ende también estuvo en peligro, en la Residencia de Estudiantes, el propio don Alberto Jiménez. Todos ellos tuvieron que marcharse de España.

En cuanto a mi padre, en Santa Cristina surgieron problemas que él toleró mal y que probablemente se agravaron por su propia actitud de firmeza. Es el hecho que allí se formó un comité de cariz revolucionario, encabezado por personas no profesionales, algunas ajenas a la clínica, y que se arrogaron competencias que mi padre consideraba propias y exclusivas de la dirección, que él ostentaba. Surgieron enfrentamientos y un día mi padre fue llamado a declarar a una «comisaría» de naturaleza equívoca, quiero recordar que en la calle de General Pardiñas. Cuando estaba esperando a que le llamaran apareció casualmente alguien que le reconoció. Dijo ser marido de una antigua paciente. Le hizo seguirle, le llevó aparte y le preguntó que qué hacía allí. Cuando se enteró de la situación le sacó por la puerta trasera, le dijo que se fuera inmediatamente y que procurase que los de aquel centro no se volvieran a acordar de él, porque en otra ocasión las cosas podrían girar de modo diferente. Mi padre se lo contó a Negrín, que entonces ya era ministro de Hacienda, y éste determinó que sin demora alguna debía ausentarse de España, para lo cual facilitó inmediatamente los correspondientes pasaportes. Mi padre se resistía a marcharse dejando sus responsabilidades en Madrid y también a su hermano Teodoro. También Negrín facilitó a éste y a su familia los papeles necesarios para salir de España. Son anécdotas familiares, pero fiel reflejo de lo que Negrín pensaba y de lo que procuró hacer después, cuando su posición política fue de mayor poder. En todo caso a su firmeza y a su amistad generosa debemos el habernos librado de riesgos ciertos.

Éstos son mis recuerdos y mis impresiones de aquel verano del 36. Cuando pasó, y ya en Francia, sentí que se habían terminado para siempre la escuela, la infancia, la familia, el país y la paz.

Muchos años después leí este párrafo de José Antonio Muñoz Rojas con el que me sentí plenamente identificado: «Como en todo acontecimiento humano entran en ella [la guerra] razones de todo tipo, legítimas unas, menos legítimas otras. Hubo mucho dolor, mucho temor, mucha heroicidad, mucha injusticia, mucho mal suelto y mucho bien perseguido».

En cuanto a mi padre, aunque entonces yo lo intuyera sin concienciarlo plenamente, no tardé en comprender que, desde los primerísimos días de la guerra, no pudo considerarse más que un derrotado absoluto y sin remedio, y no un beligerante. Repetía mucho que los que no tienen la capacidad de indignarse ante las indignidades ajenas probablemente son muy capaces de cometerlas. Y en cuanto al futuro, apenas ilusión y todo incertidumbres. Sólo dolor y caos. Al salir de España, mi padre tenía 63 años. Mi madre 57, mi hermana 12 y yo 14. Muchos años más tarde y poco antes de morir, lejana ya la guerra y permanentemente viva la postguerra, me dijo que —en su sentir— unos no habían podido o no habían sabido hacer uso del gobierno y otros habían abusado de él sin límites. Habían institucionalizado la maldad y el asesinato y habían utilizado el poder del Estado para poner en pie una represión ilegal y cruenta persiguiendo ideas y conductas que no eran delictivas en su momento. Con los años se ha ido decantando en mí la convicción profunda de que sobre unos pesan responsabilidades muy graves y sobre otros recaen gravísimas culpas.

El dramatismo de los hechos y la fuerza de las circunstancias hicieron que entre nosotros se desvaneciesen ideas, ilusiones y convicciones. Y apareciera en su lugar un estado de amargura y decepción profundas con el consiguiente sentimiento de desánimo y de derrota. Tal vez por ello yo viví, desde muy pronto, distanciado de los fanatismos, tan frecuentes entonces, y más bien proclive a su rechazo instintivo y a la adopción de sentimientos de alienación y desubicación.

El exceso de poder genera necesariamente violencia y la violencia, muerte. Aquellos episodios me han inducido a mantenerme ajeno —y distante— a todas las posturas doctrinales y políticas que propugnaban, exculpaban, consentían o aceptaban prácticas de violencia. Tampoco me han convencido nunca las tendencias igua-

litaristas y aún menos la creencia de que la socialización de los bienes de producción ayuda a una mayor equidad social o a un mejor reparto de la riqueza.

Estas inolvidables emociones y los consiguientes sentimientos de arbitrariedad, de terror, de sinrazón y de caos, han sido fantasmas que han vivido para siempre conmigo, porque nunca he sabido dejar de escarbar en este pasado remoto. Siempre he pensado que todo aquello pudo no haber sido y todos estos recuerdos han planeado sin cesar sobre mí y he tenido el sentir, a veces imperativo, de que todos aquellos muertos no lo estaban del todo. En mi caso la convicción de que pueda ser conveniente no recordar no ha podido crear olvido.

El miedo es una sensación que puede combatirse, pero el temor es una idea consecuencia de la reflexión y, por lo tanto, muy acuciante, y pienso que su presencia no ha sido ajena a muchas de mis opciones vitales.